

O ESPELLO NA MAN

— CESAR —

Por VICTORIA ARMESTO

ENTRE las cartas apresadas en uno de mis veinte ordenadores (¿se llaman ordenadores o cómo se llaman esos chismes?) figuran dos de César Alvajar. Creo recordar que tenía como media docena, es de temer que las otras se hayan perdido como se han perdido seguramente las más dirigidas a César.

Es probable que el nombre de César Alvajar a los jóvenes gallegos ya no les diga apenas nada; quizá sea esta la primera vez que lo escuchan. Para los viejos coruñeses es la evocación de un mundo ido.

Para mí, ligada de una forma teórica al pasado de mi ciudad, César Alvajar era una persona de mucha importancia. Yo conocía su vida y una parte de su obra, sabía de sus fidelidades y de sus conexiones. César Alvajar fue un periodista popular que comenzó escribiendo en «Tierra Gallega», el órgano del partido republicano, luego se pasó al «Noroes-te» cuando lo dirigía su primo, aquel otro gran periodista coruñés que fue Eladio Fernández Diéguez y finalmente César Alvajar fue primero redactor y luego colaborador de LA VOZ DE GALICIA.

Además de periodista, César Alvajar era funcionario municipal y durante muchos años fue el secretario y hombre de confianza de los alcaldes.

Físicamente era un hombre de mediana estatura, con una cierta tendencia a la obesidad, porque le gustaba la buena mesa. Era muy gracioso y cáustico, muy coruñés. Escribía artículos graves y documentados porque había adquirido una vasta cultura autodidacta, pero también se divertía escribiendo unas copias satíricas que se publicaban todos los domingos en LA VOZ DE GALICIA.

Otras copias de Alvajar, que no podían publicarse en el periódico, circulaban por toda la ciudad. Ahora mismo me viene a los labios aquella que le dedicó a un banquero y siento no poder repetirla porque, aunque el aludido falleció hace mucho tiempo, molestaría a sus descendientes.

No obstante su tendencia satírica,

no podía reprochársele a César Alvajar sentimientos bajos de envidia porque fue en lo fundamental un hombre bueno y generoso aunque un poco demasiado «coruñesista», como lo eran en general todos los republicanos del Casino. El mayor horror de César Alvajar era que si un día, por milagro de la Providencia triunfaban los galleguistas, se llevaran la capitalidad de Galicia a Santiago de Compostela y que la política gallega acabara dirigida por el arzobispo y por los canónigos.

Ya en el exilio, en donde tanto se aprende, César Alvajar se decató de cuán infundados eran sus miedos y se ligó muy hondamente con la cultura gallega. También entonces se aproximó a los viejos principios abandonados y, en la primera carta que me dirige desde París el 15 de septiembre de 1964, se despide de esta forma:

«Celebro que los manes de Feijoo, Sarmiento y don Gregorio (Marañón), nos hayan puesto en relación. Nada ocurre por casualidad. Todo es manejo de Dios. Tal es la lección de mis 73 años. ¡Ay!».

Nuestro conocimiento surgió del modo siguiente: yo había escrito unos trabajos conmemorativos acerca de los padres Feijoo y Sarmiento, y César Alvajar, que siempre leía LA VOZ DE GALICIA, tuvo la atención de mandarle al director una carta en donde me ponía por los cuernos de la luna y de paso preguntaba quién era; el apellido Armesto le había despistado.

Me dieron la carta de César Alvajar, que me levantó la paletilla, porque en el año 1964 yo estaba completamente segura de haber fracasado profesionalmente en la vida y no sabía si dedicarme a jugar al golf; solo que el golf nunca me ha gustado.

Como yo admiraba al viejo periodista, aquellos elogios me hicieron sentirme como un novillero a quien

el maestro da la alternativa, aunque tratándose de César Alvajar este símil taurino es de lo más inadecuado.

César era el representante coruñés del furioso espíritu antitaurómico de Eugenio Noel. Una vez, cuando iba a celebrarse una corrida en La Coruña y los toreros estaban reunidos en el café «La Mezquita», se presentó allí Alvajar quien, sin decir una palabra, comenzó a repartirles silabarios.

Al saber que miraba mis cosas con tanta simpatía, yo le escribí una carta a César Alvajar dándole las gracias y ofreciéndole mi amistad.

En el año 1964 César vivía en el 78 de la «rue de Assas», que cae sobre los jardines de Luxemburgo. El viejo periodista, que solía pasear mucho por estos jardines, se ganaba la vida haciendo traducciones, algunos trabajos para América y también colaboraba en la confección de la Gran Enciclopedia Larousse. Los artículos sobre escritores españoles de dicha enciclopedia, son por lo regular obra suya. César estaba casado en segundas nupcias con una viuda francesa, señora distinguida, secretaria de la Facultad de Ciencias de la Sorbona y madre de uno de los sabios atómicos de Francia.

La primera mujer de César Alvajar fue Amparito López Jean, una de las primeras coruñesas, si no la primera que cursó estudios de bachillerato en el Instituto. La madre de Amparito, que era muy conocida, se llamaba doña Adela Jean; el padre era secretario del Ayuntamiento de Culleredo. Quiso el destino y los avatares históricos que Amparito López Jean, nuestra primer bachiller, fuera a morir en Montaubán, el mismo pueblo donde murió don Manuel Azaña.

En respuesta a la mía recibí una carta de César Alvajar, escrita a mano, de letra anticuada y bonita, en donde me decía esas cosas tan ama-

(Pasa a la PENULTIMA página)

O ESPELLO NA MAN

bles que suelen decir los viejos coruñeses, cosas que ya no se dicen ahora porque todos nos hemos vuelto como rudos y mal educados.

«Cuando vaya a París —decla al despedirse César— avísemelo. Quiero pasar a saludarla. Y si se detiene algo concertaremos el charlar holgadamente... Repare en que soy un «vello tolo» semiaislado, con ganas infinitas de hablar, y cuando encuentro una víctima inteligente no perdono... Todas las tardes —menos los sábados— suelo estar de cuatro a seis en el «Congres pour la liberté de la Culture», rue de la Pepinière, 23, llame al teléfono Europa 37-59 y pregunte por mí...»

Con gusto me hubiera plantado en París armada con un bloc de notas y dispuesta a escuchar a César Alvañar durante las horas que quisiera hablar, pero yo entonces estaba muy copada, tenía muy poca libertad de movimientos debido a mis condiciones personales y, sobre todo, al hecho de que el niño era todavía pequeño...

Así que pasaron muchos meses antes de que yo pudiera detenerme en París. Entretanto César y yo nos carteábamos. Hablábamos ya con mucha confianza, como si nos conociéramos de toda la vida.

Por fin, a la vuelta de un viaje a Italia, y no puedo precisar ahora la fecha, hice una escala en París. Pensé en telefonar y luego me dije: «No, lo mejor será ir directamente a la rue de la Pepinière».

Así fue que al llegar al «Congres pour la liberté de la Culture» pregunté por don César Alvañar y me

dijeron que había muerto una semana antes.

— :-: —

Había llegado en el tren de Milán por la mañana y tenía que tomar otro tren para Bonn en las últimas horas de la tarde. No conocía a nadie en París, o tal vez sólo conocía a gentes que no deseaba ver.

Estaba sola y muy profundamente abatida. Entré en un café y miré en un periódico la cartelera de espectáculos. Decidí ver una película rusa basada en un cuento de Antón Chejov, «La dama del perrito». Resultó ser una película muy triste y bien hecha, aunque un poquito tendenciosa, como suelen ser por lo regular las obras comunistas. Me corrían las lágrimas por las mejillas y no atinaba a saber si lloraba por la desgraciada heroína o por el viejo periodista coruñés al que no había conocido.